

es una medicina muy eficaz para curar las dolencias del alma. No hay pasión que no se modere cuando se piensa en la muerte.

~~~~~

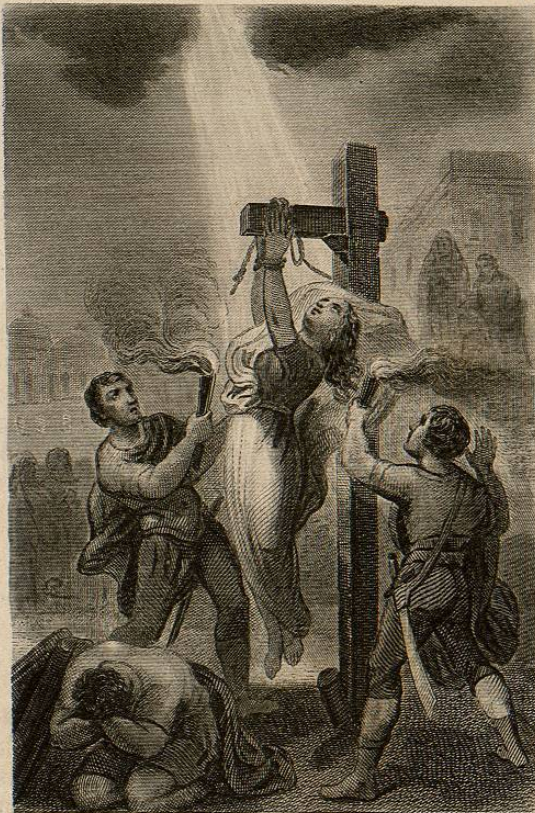
## DIA DOCE.

SANTA EULALIA DE BARCELONA,

VÍRGEN Y MÁRTIR.

Por los años del Señor de 289 nació en Barcelona la gloriosa virgen y mártir de Jesucristo santa Eulalia. Aunque se ignoran los nombres de los felices padres que dieron a España y a toda la Iglesia tan precioso fruto, se sabe por la vida que escribió Renallo, que eran cristianos nobles y piadosos; lo cual se insinúa también con bastante claridad en las Actas del padre Bolando. Crióse la santa con la delicadeza y cuidado que correspondía a la caridad y nobleza de que la había dotado el cielo; pero al mismo tiempo no se descuidaban sus padres de formar su corazón, sugiriéndole de continuo, entre las ternuras y regalos del amor, los documentos y máximas que enseña el Evangelio. Como desde la cuna la había elegido el Señor para sí, y para que diese uno de los más brillantes testimonios de la verdad de su religión que se habían de ver en el mundo, adornó su espíritu de cualidades ventajosas para tan alto ministerio. Era de un ingenio claro, de una alma dócil, de una penetración vivísima, y sobre todo de un genio decididamente declarado por las obras de piedad, y entre estas, por las que requerían mayor fortaleza, mayor grandeza de ánimo, y mayores muestras de un verdadero heroísmo.

Con la edad creció también el amor a la virtud, y



STA EULALIA, V. Y M.

con esta, los ejemplos con que edificaba á los propios y á los extraños. Sus padres, que veían en ella tantos motivos de estimarla, la amaban tiernamente como á hija, como á niña, como á única, y lo que es mas, como á digna de todas las muestras del sólido amor. Advertían en la jóven Eulalia unos modos de pensar que les hacia desconfiar mucho de la pacífica y duradera posesion de su amable compañía. Al tiempo que leía y hablaba de las obras maravillosas del Redentor, notaban en sus palabras un ardor, y tal encendimiento en su rostro, que daban bien á conocer la encendida caridad que abrigaba en su delicado pecho. Hablaba con frecuencia del martirio, y en sus razones manifestaba que no se dirigian á otra cosa sus deseos. Como los tiempos eran borrascosos, y se habian publicado diferentes edictos de los emperadores para perseguir á la cristianos, temieron sus padres una ocasion tan peligrosa de perder á su hija, que amaban como á las niñas de sus ojos. Temían la crueldad de los pesquisidores y de los tiranos, y temían mucho mas la sólida piedad que inflamaba el corazon de la tierna doncella, y la resolucion incontrastable con que apetecia dar la vida por su amado.

El amor siempre es ingenioso, y mucho mas el amor paternal. Sabe juntar á un mismo tiempo la complacencia y gusto del objeto amado, con la seguridad de los propios temores. Para sosegar estos, pensaron los padres de Eulalia apartarla de la ciudad, quitando á sus ojos los incentivos de su corazon. Tenían una casa de campo, con todas las conveniencias que saben proporcionar la riqueza y el gusto, pocas millas distante, á la cual llevaron á la santa doncella, para que el ruido de la persecucion no llegase á sus oídos, y juntamente se deleitase con la soledad y la contemplacion, que sabían la eran muy gratas.

En efecto, los padres lograron sus designios, á lo

menos en una parte. Luego que la santa se vió en el campo, meditó nuevos modos de agradar y servir á su esposo Jesucristo, á quien ya de antemano habia consagrado su alma, sus pensamientos, su virginidad y todas sus obras. Juntó luego algunas amigas y compañeras de su edad y de su genio, y con ellas pasaba las horas mas dulces y deliciosas. Hacíalas sencillos razonamientos sobre la amabilidad de la virtud; ex-citábalas á la honestidad, á la pureza, al recogimiento, y sobre todo á un amor encendidísimo á aquel Señor que por amor del hombre bajó del cielo y sufrió los mas atroces tormentos que pueden padecerse en la tierra. Como la santa no hablaba mas que lo que la dictaba su corazon, y este estaba abrasado en fuego divino, eran sus palabras otras tantas centellas, que prendian y causaban el mismo incendio en aquellas almas venturosas que la oían. Por otra parte la santa tenia una gracia particularísima en el decir, y un encanto de elocuencia en sus persuasiones tal, que cuanto proponia, otro tanto quedaba persuadido. Para nada necesitaba de aquella angelical hermosura con que la habia dotado el cielo; nada tenian que hacer ni la meliflua dulzura de sus labios, ni la modestia de su semblante, ni la victoriosa actividad de sus honestos ojos, cuando se encargaba de hablar de la virtud su lengua.

Un bien regido monasterio no podia observar mas ejercicios de piedad, que los que se practicaban diariamente por aquella santa y virginal compañia. A un mismo tiempo lograba la industriosa Eulalia divertir á sus amigas, y divertir las con provecho: tanto puede el ingenio cuando es movido por la virtud, y tanto sabe producir la virtud cuando la prudencia y la sabiduría conspiran á hacerla amable. Los padres de Eulalia rebosaban de gozo y alegría por ver, á su juicio, que habian encontrado lo que deseaban; y de cada

vez aumentaban el amor que tenian á su hija los repetidos motivos que los excitaban para amarla mas y mas. Vivian ya tranquilos sobre los primeros temores que en la ciudad les sobresaltaron; pero su sosiego duró muy poco, porque aun en aquel retiro penetró con facilidad el ruido de la horrorosa persecucion que Diocleciano y Maximiano excitaron en aquel tiempo contra el nombre de Jesucristo. No hay prudencia ni consejo contra Dios; y todos los esfuerzos del ingenio humano se emplean vanamente para impedir los decretos de la divina Providencia.

Esta habia desde la eternidad elegido en Eulalia una confesora y defensora acérrima del Evangelio. Estaba resuelto en los divinos arcanos que esta tierna doncella fuese, á pesar de la crueldad de los tormentos, la confusion y el oprobio del poder de los tiranos, y de todas las astucias é invenciones del abismo. De este profundo y abominable lugar debia de haber sido vomitado el impio Daciano, que llegó á Barcelona comisionado como presidente por los emperadores, para ejecutar á su satisfaccion la persecucion en aquella parte de España. Apenas llegó á la ciudad, sacrificó con toda pompa y solemnidad á los dioses, y mandó que buscasen á los cristianos para que en presencia suya ofreciesen incienso á las mudas obras de las manos de los hombres. Ninguno se exceptuó en el decreto; ni el noble, ni el plebeyo, ni el rico, ni el pobre. Todos fueron convocados á sacrificar, sin distincion de edades ni de sexos, imponiendo al que no lo hiciese la pena de perder la vida por medio de los mas atroces suplicios y de los tormentos mas intolerables.

Turbóse Barcelona toda. La confusion y el terror se esparcieron por todas partes; y la voz del pregonero, que intimaba el decreto y convocaba al sacrificio, hacia estremecer aun á los mismos gentiles. No pu-

dieron los padres de Eulalia impedir que penetrasen hasta sus oídos las voces impías con que el nombre de Cristo era blasfemado y execrado por los tiranos; mucho menos que dejasen de hacer una cruelísima impresión en su alma los temores y dudas que oprimían á muchos débiles cristianos al considerar la crueldad de Daciano, y la atrocidad de sus tormentos. Al punto que los oyó la santa jóven, propuso en su alma dar á su Esposo un testimonio de su fidelidad y de su amor con su propia sangre, y confortar con su ejemplo á aquellos tibios cristianos que no correspondían fielmente á la vencedora gracia, que en tales peligros suministra misericordiosamente el Dios eterno. Esta determinación llenó su alma de una alegría tan vehemente, que no podía disimularse en sus acciones ni en sus palabras. « Gracias te doy, Señor mío Jesu- » cristo, decía la santa, y engrandecido y glorificado » sea tu nombre, pues veo ya lo que deseaba; y de » tal manera creo en tí, que no dudo has de comple- » tar con tu gracia la obra que medito para satisfac- » ción de mis deseos. »

Quedábanse absortos sus padres y cuantos la veían, no sabiendo á que atribuir una tan desusada alegría, ni acertando á pensar qué cosa podía ser la que Eulalia hubiese visto tan digna de apetecer, y tan admirable, que no la juzgase digna de manifestarla á todos con la franqueza que habían siempre experimentado en ella. Esta confusión crecía mas, reflexionando que Eulalia jamás había sido avara de los bienes y favores que recibía del cielo. Sabían que en la altísima contemplación era iluminada maravillosamente para entender los misterios de nuestra redención; pero cuanto aprendía en aquel libro celestial, otro tanto comunicaba á sus padres y compañeras sin envidia y sin reserva. Por tanto, la que al presente usaba, y su extraordinaria alegría, tenía á todos en inquieta

expectación. Pero la Santa, que, ilustrada de una luz superior, conocía cuanto pendía la felicidad de su proyecto del silencio que observaría, ocultó su resolución de manera, que ni la confianza de sus amigas mereció que se las manifestara, ni el amor y ternura con que la amaban sus padres pudieron obtener que les dedicase este sacrificio. Sus designios no tuvieron mas esfera que su fervoroso pecho, y de allí subieron en un punto, desde el principio hasta la consumación de la obra mas gloriosa y mas llena de admiración y de portento.

Inspirada del cielo había resuelto presentarse al tirano, y reprenderle la crueldad con que obligaba á los cristianos á que tributasen á los falsos dioses el sacrilego incienso; pero conociendo al mismo tiempo que si sus designios fuesen de algun modo conocidos ó de sus padres ó de aquellas santas vírgenes á quienes educaba é instruía, serían impedidos de mil maneras, determinó salirse de su casa una noche, sola, sin que nadie la sintiese; y llegando á la ciudad, presentarse públicamente en la plaza y ante el tribunal para servir á los idólatras de confusión, y á los fieles de poderoso incentivo y de heroico ejemplo. Como lo pensó, así lo ejecutó. A la mitad de la noche, cuando todos estaban dormidos, sale Eulalia de la casa paterna, sola, sin testigo y sin custodia, pero llena de una caridad fragrantísima, y de una fortaleza superior á cuantos peligros podían presentársela. Ni las tinieblas de la noche, ni lo fragoso del camino, ni la considerable distancia, y lo que es mas, ni el amor de sus padres, pudieron templar el caritativo ardor que la abrasaba; y así, sin fatigarse ni resentirse sus piés delicados de lo penoso del camino, llegó la santa virgen á Barcelona.

Era puntualmente la hora en que se practicaba el juicio, y en que se compelia á sacrificar á los cristia-

nos; y así, al entrar la santa en la ciudad, oyó la voz del pregonero, que exhortaba al pueblo á que concurriese á la plaza á oír de boca de Daciano los decretos de los emperadores. Fuése á la plaza misma; y viendo al presidente sentado en el tribunal, llena de un valor inimitable, atropelló la inmensidad del pueblo que estaba mezclado con los curiales, y haciéndose lugar por medio de todos, llegó finalmente á ponerse delante del mismo tribunal, y en alta voz clamó de esta manera: « O tú, juez de la iniquidad, ¿cómo te atreves á sentarte en ese trono sin temer al Dios verdadero, que es sobre todos los principes del mundo, Rey de los reyes y Señor de los señores? ¿cómo osas perseguir á los cristianos, que en sus obras manifiestan ser hechos á imagen y semejanza del mismo Dios, obligándolos á adorar las obras de satanás á costa de suplicios y tormentos? »

Unas palabras tan osadas, y dichas con aquel vigor y vehemencia que inspira la caridad que nada teme, llenaron á Daciano de turbacion y de asombro. Miróla estremecido, y la dijo: « ¿Quién eres tú, que con tan desusada audacia y temeridad, no solamente has tenido presuncion para llegarte al tribunal sin ser llamada, sino que además llegas á tal término de soberbia y de furor, que te atreves á hablar contra los emperadores en presencia del mismo juez? » No se turbó Eulalia por esto; antes con mayor constancia de ánimo, y con voz mas esforzada, le respondió: Yo soy Eulalia, sierva de Jesucristo, que es el Rey de los reyes y el Señor de todos los señores; y por tanto, confiando en él, nada ha podido causarme temor para dejar de venir con priesa y con placer á reprehender tus excesos; á reprenderte la necedad impía con que, despreciando al verdadero Dios, de quien son todas las cosas, el cielo, la tierra, el mar

» y cuanto hay en ellos, adoras al diablo; y no contento con esto, te obstinas en perseguir á los hombres que para conseguir la felicidad eterna sirven al verdadero Dios; y los obligas por medio de exquisitos tormentos á que ofrezcan sacrificio á unos dioses que no son otra cosa mas que el diablo y sus ministros, con los cuales todos vosotros que los adorais, seréis consumidos por el fuego eterno, ardiendo para siempre en los abismos. »

Al oír Daciano una respuesta semejante, concibió grande furor, y mandó inmediatamente á sus ministros que desnudasen á la virgen las espaldas, y la diesen crueles azotes. Hizose lo que mandaba el presidente, el cual viendo azotar á la santa doncella, intentó hacerla mudar de resolucion, diciéndola: « ¡O jóven miserable! Dime: ¿en dónde está ese tu Dios? ¿qué hace que no te libra de este tormento? ¿qué locura te mueve á persistir en un dictámen tan errado, y que tan caro te cuesta? Vuelve en tí, noble doncella, y advierte la compasion que encuentras en el juez, á quien lastima ver la locura que te mueve á perder tan ignominiosamente tu distinguido nacimiento, tus riquezas, y la flor de tu edad y de tu hermosura. Dí que no sabes lo que te has hecho, y que las blasfemias que contra nuestros dioses y nuestros emperadores has proferido no han sido efecto del rencor ó de la malicia, sino de la ignorancia. Y si te avergüenzas de retractarte en público, adorando delante de todos á nuestros dioses, yo, porque no pierdas la vida, me venderé en que lo hagas ocultamente donde tú quieras, y de la manera que eligieres, porque me da lástima que una persona tan noble como tú, y de tanto mérito, haya de padecer tan crueles penas. »

La invicta mártir, oyendo las razones del presi-